

Vicente Mengod

La fascinación bovárica



HACE UN SIGLO fue publicada *Madame Bovary*. Produjo conmoción en los medios sociales y literarios. Porque su autor, romántico en esencia, había iniciado la graciosa pirueta que habría de llevarlo hasta los dominios del naturalismo, si bien conservando tendidos los finos cabos de su sensibilidad estética entre ambas riberas. De ahí la particular estructura de su creación novelesca.

El Romanticismo había sido el hontanar de sus vivencias. Por esta razón, su espíritu, aunque orientado hacia las sollicitaciones de la naturaleza, hubo de conservar, por mucho tiempo, las resonancias de sus prístinas inclinaciones. Después, su obra se fue objetivando, se hizo impasible. Y el tipo de novela pensado por Flaubert habría de convertirse en un espejo del alma humana, con sus bellezas e imperfecciones, en un friso viviente que hacía reír y estremecer, al mismo tiempo.

En 1857 publica su *Madame Bovary*, obra de minuciosas observaciones, con el paramento de una forma sobria. El resultado fue una novela fuerte y triste. De sus páginas brota una dolorosa admonición. Sin duda su finalidad no fue otra que la de glosar, en términos novelescos, una idea de plurales vertientes psicológicas: "Las aspiracio-

nes líricas, llevadas al vivir práctico, pueden convertirse en manantial de tristezas”.

Planeando entre las sollicitaciones románticas y las rutas del naturalismo, por primera vez en la literatura francesa, la novela enfila sus pasos firmes por las zonas comprometidas de la reflexión crítica. Flaubert nos ha dado la entrañable cifra anímica de varios personajes vulgares. En muchos de sus esquemas psicológicos puede adivinarse una preocupación filosófica.

Se ha dicho que *Madame Bovary* está inspirada en un hecho concreto, que es un jirón de vida provinciana, tal vez de aquella ciudad de Rouen, tendida a orillas del Sena, siempre envuelta entre los cendales de una niebla espesa, pertinaz. El valor anecdótico de esta posibilidad es mínimo. Pero interesa subrayar que Flaubert no sólo pintó el vivir provinciano, sino que sus flechas, vagando por los espacios del humano existir, dieron en blancos inesperados. Y ello hubo de ser así, porque en los más apartados lugares del orbe existen y existirán, para deleite de psicólogos y moralistas, tipos femeninos que revalidan los líricos pensamientos de Emma Bovary.

El conflicto que da prestancia a esta novela es sencillo. Se desarrolla de una manera concreta. Las sucesivas consecuencias brotan como lógicos resultados de su causal impulso. La novela naturalista está en marcha, vislumbra sus finales de ruta. Pero en los caminos hay ondulaciones, sendas mínimas por las que la sensibilidad quisiera extraviarse. Sin embargo, el tema, como un río caudaloso, vuelve a ganar su cauce. Y sólo al final nos queda la incertidumbre, la desazón de un ideal segado en su propia llamarada.

Charles Bovary es un médico lugareño, de tosca curva sensitiva. Contrae matrimonio con una viuda rica, con una promesa de riqueza desvanecida en su propia trampa. Pero surgirá la figura de Emma, garrida y apetecible mujer. Cuando deje de existir la vieja estantigua, cuando Charles entienda la verdad de su viudez, allí estará el cuerpo de Emma, la imaginación de una campesina. Mientras que el futuro marido se preocupa de los pormenores de la boda, ella sueña en casarse a las 12 de la noche y a la luz de las antorchas. Pero nadie

quiso ni pudo entenderla. Por primera vez, inicia saltar más allá de su propia e inexorable sombra.

Se ha celebrado el matrimonio. Los esposos llegan al hogar en donde todavía se conserva el perfume de una mujer ya desvanecida. Un ramo de flores artificiales, especie de metáfora mortuoria, yace olvidado. Pero este símbolo será llevado al granero, entre objetos desvencijados, mordidos por el tiempo y el olvido.

Vendrán las horas de amor, de un amor cruzado por la indiferencia. Y Emma evocará sus días de colegiala adolescente, dándose cuenta de que entre la realidad y el sueño se tienden abismos insondables. Desde ese momento iniciará el salto que ha de lanzarla lejos de su claroscuro sentimental. Porque Emma es una hembra hermosa, cuajada de sensualidad.

Transcurre el vivir monótono. Los esposos Bovary son invitados a una recepción que tiene lugar en el castillo próximo. Un nuevo mundo se despliega ante la mujer. La fiesta vivida abre en su vida un agujero, a la manera de esas brechas que, en una sola noche, hace el viento en las montañas. Desde ese momento empieza a confundir en su deseo las sensualidades del lujo con las alegrías del corazón, la elegancia de las costumbres con las delicadezas del sentimiento.

Emma hubiera querido que el apellido Bovary, que era el suyo, fuera famoso, conocido en toda Francia. Pero el esposo no tenía ambiciones. La hembra esperaba que en la soledad de su vida apareciera un bello puerto de salvación. El matrimonio Bovary deja el pueblo de sus angustias. Ante ellos se tiende una original perspectiva: otro lugar en donde ensayar la vida. Y allí, en su marco, también misérrimo, aparece como un talismán amoroso la figura de un estudiante de leyes: León, hombre dado a las lecturas poéticas y a los sentimentalismos. Gustave Flaubert hará, brevemente, concesiones a su natural formación romántica. Diríase que el novelista aferrado al naturalismo, siente deliciosas nostalgias de sus musas esencialmente subjetivas. Pero la concesión es como un relámpago necesario para entonar la andadura de su novela.

El nuevo pueblo es una mínima cárcel. Emma está a punto de humanizarse. Porque la maternidad ha florecido en su cintura. El amor maternal, muy distinto al intuitivo, no orienta sus afanes. La hembra no se ha convertido en madre. Y cuando el joven León huya del pueblo, sentirá como un estremecimiento de amor fallido.

La brecha entre los sueños y la realidad se profundiza. Madame Bovary se va encaminando hacia su destino, ya que este amor, fracasado en su propio nacimiento, le da la sensación de un perderse al margen de las acciones concretas. Su bovarismo se hace discursivo, se va afirmando en un deseo de realizaciones, se perfila en la espera del hombre que recoja los frutos de un ansia liberadora. Y ese hombre se presenta. La hembra visceral cae en sus redes. Por primera vez su contextura sexual alcanza culminaciones. Y hay en su historia noches de amor, sollicitaciones eróticas durante varios amaneceres. Hasta que el hastío del varón haya rebasado los límites de su juego matemático. Pero Emma Bovary creerá haber imitado a las heroínas de sus libros, sentirá la triste satisfacción de haber ingresado en la legión lírica de las mujeres adúlteras. Por fin será una de aquellas mujeres amadoras que tanto había envidiado. Hasta su memoria llegará el dulce eco de los cánticos que entonaba en el coro del colegio, con frecuencia vigilada por el mirar incierto de las monjas.

El rápido y encadenado suceder de sus románticos avatares habrá de conducirla hasta el frenesí del amor físico. Siempre habrá en sus efusiones un desequilibrio entre la realidad y sus aparentes proyecciones. Emma vivirá una lucha a brazo partido contra esas imágenes. Y cuando piense que es capaz de infundirles una vida duradera, se dará cuenta del constante espejismo en que ha tenido lugar su constante ensoñación. El suicidio será la única salida honorable. Y en la sensibilidad de los lectores quedará la triste sensación de una vida fallida, de algo que pudo ser, si las circunstancias no se hubieran con-fabulado.

Tal vez, Flaubert debió sentirse abatido con el fin concedido a tan gentil protagonista.

* * *

La ilusión, como germen literario, ha producido obras exquisitas. Los autores englobaron en sus producciones problemas tan sutiles como el arte de la voluptuosidad, el aprendizaje del amor y el tradicional automatismo de la felicidad.

Este tipo de literatura, que toma su origen en el pensar ilusionado, ha contribuido a poner de manifiesto una matización psicológica que representa una verdadera ley. Es la ley de la ironía, esbozada por Javier de Maistre, Amiel y Proudhon, que dice: "El fin alcanzado en nuestra vida no es, casi nunca, el pretendido o soñado". Y ello es así, porque los fines se desplazan y se transforman bajo nuestra mirada e inquietud. Sin duda, nuestro finalismo racional es un perpetuo engaño.

Jules de Gaultier, filósofo francés de fines del siglo pasado, derivó de la misma literatura una palabra, como rúbrica del género. He ahí el "bovarismo", término que se ha inscrito en el vocabulario estético y filosófico. Esta palabra alude a un hecho corriente, observado por el hombre en su recóndita intimidad. Este fenómeno es la facultad que tiene todo individuo de imaginarse distinto a como es en su realidad. Nadie escapa al bovarismo. La vida del hombre se desliza por sus paisajes espirituales. Figura en el número de las cosas de "doble uso", de las que habla Platón. De uso plural, porque el bovarismo puede ser, para los individuos y para las colectividades, un principio de progreso y el creador de su miseria y ruina.

Sin duda, el bovarismo es un estado de sensibilidad. Las acciones se interpretan y se deforman hasta límites no previstos. Los varones y las hembras, tocados por la gracia y desgracia del bovarismo rinden culto a una realidad metafísica, es decir, a un mito sentimental que rebulle más allá de la realidad habitual y posible.

La fascinación bovárica atrae con su canto de sirena. Cuando se llega a sus primeras estribaciones no es fácil detenerse. Con frecuencia, el ser humano quisiera conocer su verdadera imagen. Pero la

tarea es difícil, imposible en definitiva. En la tarea del propio examen la personalidad se escinde. Mientras que una parte de nuestra personalidad examina a la otra, la primera queda obscurecida. No es sencillo eliminar esa ecuación personal, que en psicología tiene gran importancia. Por eso, se está siempre en los umbrales del bovarismo. Y el hombre, mintiéndose a sí mismo, se cree distinto a como es en realidad.

A esto se une la deformación de ciertas imágenes. Los humanos se proponen un ideal, ya falseado en su punto de origen. A veces, en un momento preciso, el hombre siente bullir en sí dos tipos de ideal, dos fuerzas en lucha. En esta lucha hay siempre un vencido. Como es lógico, el bovarismo se pone en marcha. Quizás no consiga salir al exterior, tal vez no rompa las murallas de la conciencia. Pero si el bovarismo aflora, si deshace la clausura, es porque su deseo de proyección era incontenible. De su choque con la realidad podrá nacer una aparente felicidad o una tristeza de muy sutiles matizaciones. Posiblemente, el tema de la tristeza tiene sus orígenes en las complejas fascinaciones bováricas que impulsan al hombre en su afán de filosofar.

Quizás la dimensión bovárica de la filosofía sea su propia finalidad. Nada más comprometido que pretender desentrañar el origen y finalidad del hombre. La experiencia vital es un hecho concreto sin asideros. Principio y fin son dos abismos. Como el hombre no puede tener conciencia exacta de su origen, ha inventado una finalidad concreta, sin localización temporal y espacial. He ahí el sentido poético de todos los paraísos, poblados de dioses o de vacíos en soledad inalterable, sólo cruzados por el revolar silencioso, ingrávido, de galopantes y polifacéticos espíritus. Por esta razón, buscando la verdad, el hombre vive desviviéndose, se prepara con devoción para la muerte, esperando un posible renacer. Y muchas literaturas, la medieval española, concretamente, son una continua danza del morir, sin que los puentes se corten hasta nuestros días.

El bovarismo, alimentado por savias complejas, se ha convertido

en árbol exuberante. Sus frondas se entrelazan con frecuencia. Sus frutos, a veces cuajados de dulzor, suelen aprisionar sabores muy diversos. Su análisis nos revela el sentido de ciertas vidas.

No ha sido Flaubert el primer escritor que señalara las distancias que existen entre la realidad y los sueños. El fenómeno es tan viejo como la historia del hombre. Ahora bien, el mérito del escritor francés consistió en proyectar el bovarismo como centro vital de su obra, haciendo que todos los valores se subordinen a la visión profunda de este fenómeno. Con sus luces psicológicas, el error sobre sí mismo se engrosa, adquiere significaciones que van más allá de su inmediata realidad. Las consecuencias, como imágenes virtuales, se copian fuera de su trama concreta.

Flaubert resaltó la caricatura psicológica y el dramatismo que resulta de la falta de conocimiento de sí mismo. Dentro de la atmósfera espiritual de su obra puso en relieve, con hondo sentido estético, el error como elemento primario de la realidad. Error que condiciona a la realidad, lanzándola por caminos extraños, produciendo una diversidad de consecuencias, un cúmulo de fenómenos concretos, aptos para traducirse en formas de vida.

Emma es una hembra joven, una zagala forjadora de un ser imaginativo, hecho con la substancia de sus sueños. Y llega a encarnarse en sus propios fantasmas, prestándoles sus pasiones y deseos. Su vida es una lucha contra ese monstruo quimérico, instalado en su cerebro y en las fibras de su sensibilidad. Nadie como ella vive tan alejada de su propia realidad.

Su carácter exhibe notas singulares. Hay en ella una ausencia de fina curva sensitiva. Tiene sequedad de corazón, sus reacciones son primarias y elementales, sin las complicaciones que origina la vida multiforme. Es de complexión sensual. A lo largo de su vida, marcada con un signo trágico, se revela propensa a las voluptuosidades físicas. Tiene una imaginación viva. Campesina robusta, se imagina tener las cualidades de las damiselas, dadas a los ideales y poéticos amores. El mundo exterior le llega deformado, porque ella misma altera los rasgos esenciales. Observa las vibraciones del mundo, como

el niño que mirase las irisaciones de los objetos toscos a través de la mirilla de un complicado caleidoscopio.

Había sido educada en un convento de Ursulinas. Allí recibe una educación en pugna con la que habría de ser su vida normal. Durante varios años vivió en una atmósfera de misticismo. Los naturales trastornos de la pubertad pudieron trocarse, en su alma, en demoledores éxtasis, en fervores de extraña resonancia emotiva.

Había leído pasajes del *Genio del cristianismo* y las melancolías de *Paul et Virginie*. En sus ademanes llegó a imitar a muchas heroínas literarias. De esta forma, fue creando en sí un estado de melancolía y de tristeza. Estuvo a punto de naufragar en la vocación religiosa. Y esa forma de amor, sugerida por el incienso y los perfumes, se fue concretando en la angustiosa espera del amor físico, de un amor rico en elementos intelectuales. Por eso, su luna de miel con Charles Bovary habría de ser un fracaso. Es el fracaso de la pura animalidad frente a los altares de Venus. Benito Pérez Galdós habría de construir los capítulos más significativos de su novela *Fortunata y Jacinta*, en torno a ese problema.

Un baile en el castillo de Vaubyessard pone fuego a sus imaginaciones. La vida mundana le recuerda sus lecturas en el convento. Aquellas lecturas en donde había damas perseguidas, desvanecimientos en pabellones solitarios, selvas sombrías, lágrimas y besos, ruiseñores cantando sus doloridas melopeas, caballeros valerosos como leones y suaves como cabritillos.

Emma Bovary volverá a leer las novelas de Eugenio Sué, de Balzac y Jorge Sand. En su mente redactará dulces cartas de encendido lirismo. Sus amores con Rodolfo y León la van impulsando al suicidio. De esta forma, la curva se cierra en su punto de arranque. Entonces, sólo entonces, podrá valorarse la verdad de la siguiente frase: "Toda ficción se expía, porque la verdad se venga".

Gustave Flaubert puso ante los ojos maravillados del mundo el cuerpo y el alma de una mujer esencialmente vascular, que se desdobra para vivir en un país de comprometidas ensoñaciones. Y al

hacerla morir, su espíritu discurre por los ámbitos del bovarismo sentimental.

La expansión alcanzada por la obra de Flaubert ha hecho pensar en otros tipos de bovarismo, potenciados con signos muy diversos. Hay, entre otros, un impulso bovárico de signo original. Se produce, cuando el sujeto trata de ocultar sus propias virtudes. Esta postura, de indudable elegancia, puede conducir al misticismo, a la santidad, en última instancia. El cultor de este bovarismo, que bien podríamos llamar por defecto, se queda como rezagado en la marcha vital, y elige caminos que lo van alejando del ámbito en donde son posibles las resonancias mágicas. Ejemplos valiosos los tenemos en las series hagiográficas, en las vidas de santos.

Otro tipo de bovarismo se da en *Candide*, de Voltaire. El personaje central de esta novela se siente vivir en el mejor de los mundos. La realidad lo va golpeando, sin que Candide modifique sus puntos de vista. Diríase que el protagonista recibió el impacto de las ideas de Epicuro, de aquel filósofo que propugnaba la creación de mundos, de sentimientos y de realidades imaginarias para vencer la realidad.

Varios son los escritores que se interesaron por el tema alucinante. Y enfocaron el problema desde ángulos personales. El problema de las falsas perspectivas, la existencia del error en la base de ciertas existencias se ha convertido en nervio de muchas creaciones literarias. Algunas veces, con indudable intención ejemplar. Ciertas obras de Ibsen glosan las oscilaciones bováricas. Lo mismo ocurre en una de las mejores novelas del norteamericano Sinclair Lewis.

El *Peer Gynt*, de Ibsen, es un caso de bovarismo retrospectivo. Así ocurre, cuando los hombres remontan al fluir de su vida, como si buscasen los cielos de su infancia y adolescencia. Tal vez, la felicidad, no conseguida en su largo peregrinar, se vierte sobre ellos como la finísima lluvia que estaba recogida en los vellones de una nubecilla mágica.

Peer Gynt, después de haber malogrado su vida en inútiles aventuras, ya viejo, vuelve a su aldea natal. Allí había sido amado por una joven llamada Solveig. Llega la noche, el hombre recorre el

bosque en donde transcurriera su infancia. Los pinos le dicen en silencio: "Nosotros somos preguntas que tú hubieras debido resolver". El viento gime: "Nosotros somos los cantos que tú debiste cantar". Y las briznas de paja le murmuran: "Somos las obras que no has ejecutado". La conciencia de Peer Gynt se ilumina. Se aproxima a una cabaña. Allí vive Solveig. En labios del hombre hay un gemir de nostalgia por los amores malogrados. Pero la mujer le dice: "Tú hiciste de mi vida un poema, porque supiste vivir en mi conciencia y en mi amor". Canta Solveig y el cielo se enciende. Sin duda, se ha producido el milagro. Y los dos viejos, en un instante, se convierten en los dos seres que no fueron, pero que hubieran querido ser.

He ahí un bovarismo poético, conseguido en alas de la evocación nostálgica.

Galdós, en una de sus más extensas novelas, ha glosado uno de los más curiosos aspectos del bovarismo, mejor dicho, dos fases bováricas, centradas en dos hembras tocadas por el dardo luminoso de un mismo problema: el de la maternidad, fácil en una, ausente en la otra.

La gran parábola del bovarismo exhibe en una de sus ramas el tipo de Carol Kennincott, heroína de la novela *Calle Mayor*, del novelista Sinclair Lewis.

¿Cuáles eran los rasgos íntimos de Carol?

Acaso fuese crédula y rindiese, por naturaleza, culto a lo heroico, pero continuamente lo inquiría y examinaba todo. Era versátil y ello le valía muchas desilusiones. Hasta la última célula de su cuerpo tenía vida intensa. Sus muñecas eran finas, su tez de membrillo. Sus ojos de mirada ingenua y el pelo negro. En sus momentos de callada sensualidad, soñaba en casarse con un héroe desconocido.

Ese héroe es Will Kennincott. Florece un idilio. Y Carol se convierte en la esposa de un médico que la lleva a sus dominios lugareños. Y allí nace la tragedia. Sólo que Carol no llega a vivir el desengaño de verse abandonada por ningún amante. Sus amores son medidos, externos, sin complicaciones sociales. Su existencia no se rompe a la manera trágica de Emma Bovary. Su bovarismo es de

orden intelectual. Cree no ser comprendida por la gente vulgar de Goldem Prairihe.

Carol Kennincott ahoga su vida en la desesperada sordidez de un pueblo que ella quiso transformar. Deseo inútil. La Calle Mayor, objetivo de sus proyectos reformistas, seguirá siendo un barrizal de acera a acera. Sólo de vez en cuando, podrá Carol pasear sus recuerdos enamorados por las afueras del pueblecito. Allí el follaje de los árboles tendrá para esta hembra la apariencia plumosa de una arboleda de Corot. Y las blancas y vaporosas flores de los ciruelos llenarán la arboleda, también sólo para ella, de una caliginosa bruma primaveral, y producirán en su ánimo y en sus deseos de evasión esa incierta ilusión de lejanía que invita a disparar los sueños dormidos.

Realizadas sus aspiraciones, ¿de qué forma se hubiesen disparado las vidas de Emma Bovary y de Carol Kennincott?

Aquí son posibles todas las lucubraciones, siendo fácil internarse por lo vericuetos de la sociología, del vivir y convivir.

Madame Bovary, heroína provinciana, nutrió su cerebro con imágenes de grandeza, con fantasías de amor literario. La vida le enseñó que los sueños no suelen apoyarse en la realidad. Y cuando creía alcanzar el objetivo que su fantasía había urdido, pudo darse cuenta de que éste huía, conservando siempre la misma distancia. Y le faltó voluntad para afincarse en la tierra.

Carol, mujer culta, de músculos deportivos, conocedora de las matemáticas y muy leída en sociología, creyó que la vida era una operación que podía resolverse con inteligencia matemática. Su fracaso deja maltrechas la cultura y la inteligencia que no se apoyan en la realidad. Bovarismo el suyo de tipo intelectual, que no hace brotar sangre, pero que deja anulada la personalidad, conduciéndola por los derroteros de la desesperanza.

Y ahora cabe preguntar: ¿Existe, acaso, una línea clara de demarcación entre las personalidades real y bovárica?

Es lógico suponer que no, ya que el impulso bovárico es como una anticipación de la realidad. Cabría decir que es como una ley de diferenciación y evolución de la personalidad.

Al hablar de anticipaciones de la personalidad, se insinúa que el bovarismo puede realizar la tarea de dar una forma bastante concreta a la realidad. Para ello es necesario que el individuo que actúa bajo esta fascinación crea en la exactitud del modelo rector. Sólo de esta forma, el resorte de la ilusión podrá influir en la educación e incluso crear interesantes acciones y reacciones de carácter práctico.

Como es lógico, los tipos bováricos de las literaturas son interesantes en grado sumo. Sirven para explicarnos las razones y características de las agrupaciones sociales, en un momento determinado de su historia.

Los bellos cantares de gesta de la antigüedad se explican al socaire de estos principios estéticos y humanos. Gracias a la fascinación bovárica, nos revelan la posibilidad de los héroes, tanto literarios como de carne y hueso. Quizás los héroes griegos se equiparan a los dioses porque en su alma brillaba, encendida, la antorcha ilusionada que los hacía saltar fuera de su propia sombra.

Los hombres de empresa, los conductores de pueblos, los creadores de religiones son personajes que adivinan, quizás recortada en una nubecilla impalpable, la imagen de su destino.

Como ya hemos indicado, Gustave Flaubert concentró todas las energías analíticas en la misión estética y humana de potenciar negativamente la vulgaridad de unas vidas. Su estudio, llevado hasta las últimas posibilidades del tema, nos presenta el resultado del total fracaso de los personajes. Nadie se salva. La mediocridad restalla como bandera en un campo lleno de ruinas. He aquí su admonición, su tributo al naturalismo.

Sin embargo, la incitación bovárica ha podido emprender otras rutas. Así lo demuestra el repertorio de obras novelescas urdidas de acuerdo con tan ricas sollicitaciones psicológicas. Podríamos citar, entre otros, un caso de influjos bováricos en la literatura americana. Nos referimos a la silueta de *Don Segundo Sombra*. Se trata de un bovarismo brotado mediante recursos estéticos, de gran alcurnia. Sabido es que, por un fenómeno de supervaloración, llegamos a dibujar

los trazos de un hombre muy por encima del modelo novelesco. He ahí la magia del arte, llevado a las cumbres, en donde la luz reviste a las criaturas con atributos singulares, únicos, diferenciadores.

Celebrar el centenario de *Madame Bovary* incita a plantearse inúmeros problemas de orden estético y humano. Tal suele ser la resonancia de las grandes obras.